

A UN CHAMAN

Gustavo Adolfo Arango B.

Muchas veces se habla de la muerte como si fuera algo remoto y se dicen cosas que sólo llegan a tener trascendencia cuando se vive ese trance. Al atardecer del domingo en que murió Alvaro Chaves, uno de sus amigos comentó, como si su memoria se hubiera activado por una asociación lógica, dadas las circunstancias, que Alvaro alguna vez le había dicho que los restos humanos debían ser fijados en algún lugar y quería que los suyos quedaran en uno de los hipogeos del Alto de Segovia en Tírradentro.

Inmediatamente recordé la placa que hay cerca de un altar zoomorfo de Copán, al extremo norte de la Gran Plaza de Ceremonias, en la que está inscrito el nombre de John Owens, un arqueólogo estadounidense que, en 1893 cayó enfermo de fiebre durante la segunda jornada de excavaciones adelantada por el Peabody Museum de la Universidad de Harvard y quien pidió ser enterrado allí porque la figura grotesca de ese monumento representaba la muerte.

El comentario cayó en terreno abonado, porque sus amigos estábamos dispuestos a hacer todo lo necesario para rendirle un homenaje póstumo, digno de su labor reveladora del pasado indígena colombiano.

Días más tarde, las cenizas fueron entregadas a sus hermanas y con ellas partimos una mañana soleada hacia San Andrés de Pisimbalá, donde nos esperaba una comunidad conmovida e inspirada por el mismo espí-

ritu que nos había llevado hasta allí. Nos condujeron al auditorio del Parque Arqueológico y colocamos el cofre con las cenizas en medio de una ofrenda preparada por las señoras de San Andrés, que sin hipérbole, estaba compuesta por las flores más bellas de sus jardines. Era la primera de una serie de manifestaciones sinceras y conmovedoras que íbamos a vivir en esos días. Cuando salimos de nuevo, notamos que las banderas del parque estaban a media asta.

Esa noche la comunidad se congregó en el salón para un rezo en el que tras las oraciones de rigor, algunos entonaron, de manera espontánea, plegarias que reflejaban todo el afecto que sentía por él.

Al día siguiente, a media mañana, mientras tomábamos un refresco antes de iniciar el ascenso con los restos, oímos que alguien, acompañado por un tiple y una guitarra, entonaba una canción de un claro acento andino. Preguntamos de qué se trataba y nos dijeron que eran unos jóvenes que se preparaban para rendirle con su canto un homenaje a los restos de Alvaro.

A la hora indicada nos acercamos para recoger el cofre, cuando una de las señoras se adelantó y en tono cortés me dijo que ellos querían llevar los restos hasta el hipogeo. Luego, se presentó el director del parque con una urna de barro, e iniciamos el ascenso, tras cruzar un puente colgante hecho con guaduas y cuyos tirantes se afianzaban a las ramas de

unos cachimbos a lado y lado de la cañada, como en una de las acuarelas de Edward Mark.

Ya en el alto de Segovia, frente al hipogeo número 8 esperamos un momento mientras se preparaba el lugar y cuando estuvo listo, todos fuimos bajando en silencio por una escalinata empinada que se despliega como un anfiteatro frente a la puerta, a doce metros dentro de la roca.

El recinto estaba iluminado por una luz tenue que apenas esbozaba las formas del hipogeo y el grupo, cerca de 50 personas cuyas caras se destacaban de la penumbra por una luz más intensa, esperaban en silencio en torno a las columnas centrales. Tras ellos, siete figuras antropomorfas en posición fetal observaban hieráticas y en ese momento se recreó ante mis ojos una ceremonia prehispánica como aquellas que debieron tener lugar cuando hubo que depositar los restos de un jerarca de esa cultura desaparecida. Eso era justamente lo que estaba ocurriendo, porque Alvaro había sido consagrado chamán en el Alto San Juan por el grupo de los Waunana, entre quienes hizo uno de sus últimos trabajos. Pensaba todas esas cosas, cuando los jóvenes entonaron un ciclo de tres canciones cargadas de sentimiento y de significado, que resonaban con solemnidad bajo la bóveda rocosa del hipogeo.

Cuando todo terminó, salimos en silencio uno a uno y en ese orden bajamos la cuesta ♦